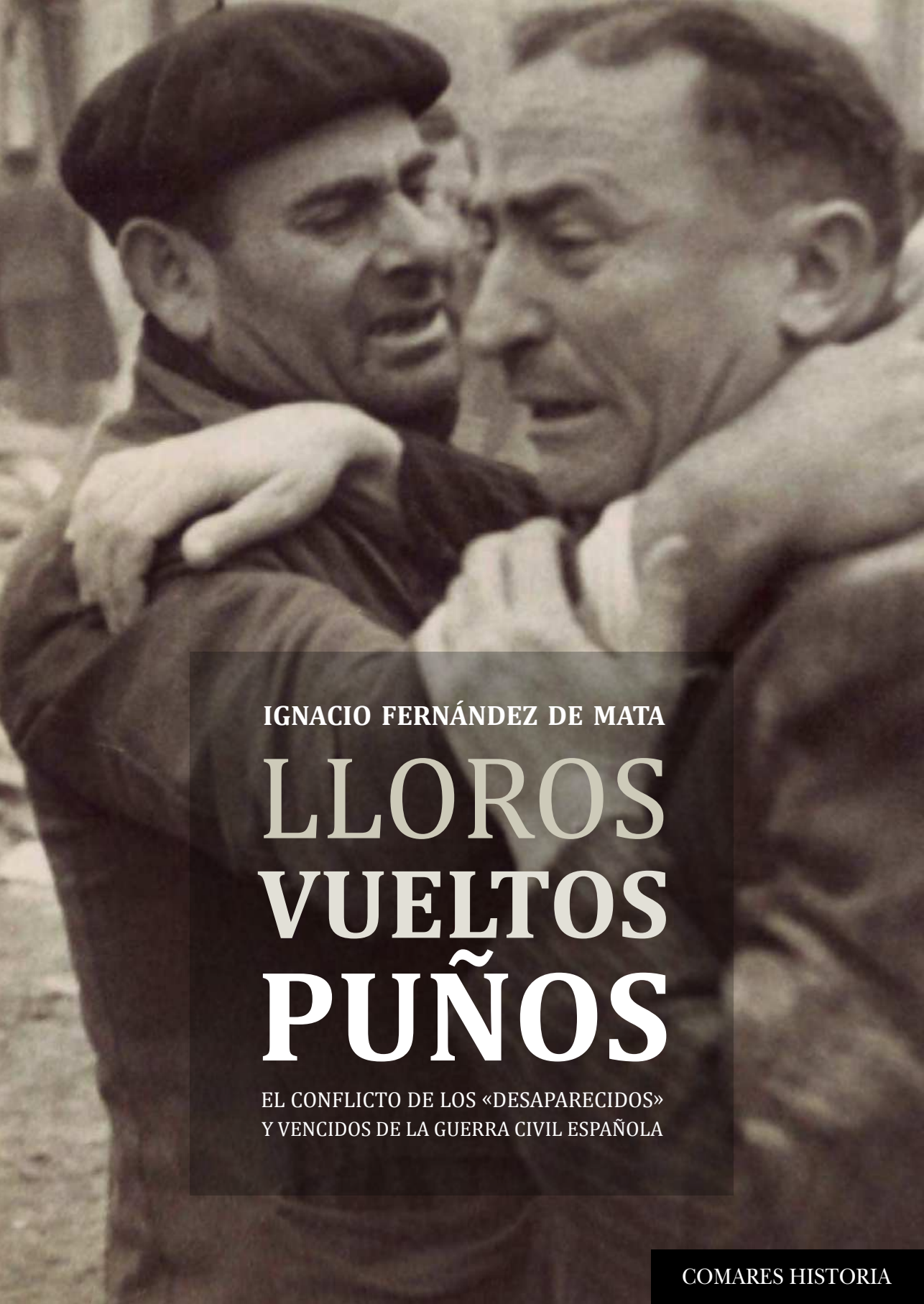




IGNACIO FERNÁNDEZ DE MATA

LLOROS VUELTOS PUÑOS

EL CONFLICTO DE LOS «DESAPARECIDOS»
Y VENCIDOS DE LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA

COMARES HISTORIA

IGNACIO FERNÁNDEZ DE MATA

LOROS VUELTOS PUÑOS
EL CONFLICTO
DE LOS «DESAPARECIDOS» Y VENCIDOS
DE LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA

GRANADA, 2016

COMARES HISTORIA

Director de la colección:
Miguel Ángel del Arco Blanco

ENVÍO DE PROPUESTAS DE PUBLICACIÓN

Las propuestas de publicación han de ser remitidas (en archivo adjunto de Word) a la siguiente dirección electrónica: libreriacomares@comares.com. Antes de aceptar una obra para su edición en la colección «Comares Historia», ésta habrá de ser sometida a una revisión anónima por pares. Los autores conocerán el resultado de la evaluación previa en un plazo no superior a 90 días. Una vez aceptada la obra, Editorial Comares se pondrá en contacto con los autores para iniciar el proceso de edición.

La realización de este trabajo se ha beneficiado del apoyo del Ministerio de Presidencia al proyecto 216.1 - Orden PRE/786/2010, dentro del Programa de Subvenciones destinadas a actividades relacionadas con las víctimas de la guerra civil y del franquismo.

Imagen de portada: «Compañero que perdió toda su familia». Barrio de Tetuán (Madrid)
Fuente: Archivo General de la Administración (AGA), 33, F, 04041, 53408, 001

Diseño de cubierta: Virginia Vilchez Lomas

© Ignacio Fernández de Mata

© Editorial Comares, S.L.

Polígono Juncaril

C/ Baza, parcela 208

18220 • Albolote (Granada)

Tlf.: 958 465 382

<http://www.editorialcomares.com> • E-mail: libreriacomares@comares.com

<https://www.facebook.com/Comares> • <https://twitter.com/comareseditor>

ISBN: 978-84-9045-464-0 • Depósito Legal: Gr. 1316/2016

Fotocomposición, impresión y encuadernación: COMARES

SUMARIO

PRÓLOGO, por Michael Richards	VII
PROEMIO	XIII
I. INTRODUCCIÓN	1
1. OBJETIVOS	3
2. ESTRUCTURA DEL LIBRO.	6
II. CONCEPTOS Y CONTEXTOS	9
1. MEMORIA	9
El valor de los testimonios.	14
2. LOS EXCLUIDOS DE LA HISTORIA. UNA HISTORIA DE SUBALTERNIDAD.	17
3. VIOLENCIA	24
III. EL SURGIMIENTO DE LA MEMORIA HISTÓRICA EN ESPAÑA	35
1. LA MEMORIA TRAUMÁTICA	36
2. LA MEMORIA TRANSMITIDA.	37
3. LA MEMORIA COMO RECLAMO	38
4. LA LEY DE MEMORIA HISTÓRICA	41
5. LA MEMORIA COMO OBJETO DE ESTUDIO	43
6. SENTIDOS, MALENTENDIDOS Y DISPUTAS. A MODO DE CONCLUSIÓN DEL CAPÍTULO . . .	44
IV. LA RUPTURA DEL MUNDO. RECUERDO Y TESTIMONIO	49
1. LA MEMORIA Y LA ESCUCHA	50
2. LA ‘RUPTURA DEL MUNDO’	54
La <i>ruptura del mundo</i> a nivel personal	55
La <i>ruptura del mundo</i> a nivel colectivo. El nuevo (des)orden social	57
3. LAS LÓGICAS DE LA VIOLENCIA. BENEFICIARIOS	64
4. EL CONFLICTO DE MEMORIAS ANTE LAS FOSAS ABIERTAS	67
V. JUSTICIA Y CULPA ENTRE VÍCTIMAS Y VICTIMARIOS DE LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA	73
1. JUSTICIA Y CULPA	74
2. JUSTICIA PROCESAL	76
3. JUSTICIA DIVINA	77

VI. LOS PERPETRADORES Y SU CULPA	89
1. LA AUSENCIA DE CULPA ENTRE LOS PERPETRADORES	90
Sin Mea Culpa	92
Manos limpias. Eliminando la culpa y la responsabilidad	94
Ocultación y reorientación de la culpa	101
VII. DE INVISIBLES A EMPODERADOS. EL CAPITAL SIMBÓLICO DE LAS VÍCTIMAS	109
1. REDEFINICIÓN DEL SENTIDO DE VÍCTIMA A LA LUZ DE 11-M	109
2. VÍCTIMAS POLÍTICAS DURANTE LA DICTADURA FRANQUISTA	110
3. CONSTRUCCIONES POST-AUTORITARIAS DE LA VIOLENCIA Y SUS VÍCTIMAS	112
4. ETA Y EL FRANQUISMO. EXPERIENCIAS Y REPRESENTACIONES SIMILARES DE VICTIMI- ZACIÓN	114
5. LAS VÍCTIMAS DE LA VIOLENCIA COMO CAPITAL SIMBÓLICO	115
6. CONCLUSIONES	118
VIII. <i>IN MEMORIAM...</i> ESQUELAS, <i>CONTRA-ESQUELAS</i> Y DUELOS INCONCLUSOS	119
1. LA MUERTE EN LA CULTURA Y LA CULTURA DE LA MUERTE	121
La mala muerte	123
2. LA ESQUELA: OBJETIVOS Y MORFOLOGÍA	126
3. ANTECEDENTES: LO ESCRITO EN PRENSA Y LO ESCRITO A MANO	128
4. LAS ESQUELAS DE LAS VÍCTIMAS DE LA REPRESIÓN FRANQUISTA	133
5. SE DECLARA LA GUERRA (DE LAS ESQUELAS)	142
6. ECUACIONES DE LA MEMORIA	152
Experiencias Personales de Sufrimiento Traumático + Memoria Rerum Gestarum (EPST+MRG)	153
Experiencias Personales de Sufrimiento Traumático + Memoria Histórica (EPST+MH) .	157
7. REFLEXIONES FINALES	158
IX. LA DESCOMPOSICIÓN DEL SUEÑO DE LA TRANSICIÓN ESPAÑOLA	163
1. LA TRANSICIÓN Y LAS EXPECTATIVAS FRUSTRADAS DE LAS VÍCTIMAS	164
2. LA JUSTICIA TRANSICIONAL Y LA INJUSTA TRANSICIÓN ESPAÑOLA	166
Primer periodo, 1975-1982	167
Segundo periodo, 1982-1996	169
Tercer periodo, 1996-2004	170
3. EL MITO DE LA TRANSICIÓN	173
Consenso	175
Reconciliación	178
4. LA DESCOMPOSICIÓN DEL MITO EN LAS FOSAS COMUNES	180
5. EL PRINCIPIO DEL FIN DE LA TRANSICIÓN	185
6. JUSTICIA TRANSICIONAL MÁS ALLÁ DEL ESTADO ESPAÑOL: DEL 2008 AL PRESENTE . .	188
7. CIERRE	191
X. CONCLUSIONES	193
América como modelo	198
XI. BIBLIOGRAFÍA	203
Archivos consultados	232

PRÓLOGO

Lloros vueltos puños... es tanto un libro analítico y profesional como un acompañamiento del autor a quienes han protagonizado el proceso de *recuperación de la memoria histórica*. Por tanto, es también un testimonio de compromiso con el proceso de exhumación de las fosas comunes que originó la violencia rebelde de la Guerra Civil, particularmente de la provincia de Burgos. Este complejo proceso buscando visibilizar aquello que estaba oculto, aliviar traumas acumulados y lograr un poco de la justicia y restitución denegadas durante la larga dictadura del General Francisco Franco, constituye el núcleo de este libro, de lectura obligada para todos aquellos que quieran entender la relación entre el pasado y el presente españoles.

Ignacio Fernández de Mata plantea preguntas necesarias y penetrantes acerca de la historia social de la memoria y el silencio, abordando una serie de problemas relacionados a la *contestabilidad* del pasado, de la historia como producto de lo que Walter Benjamin consideraba la dialéctica entre el ahora y el entonces. Esta relación entre el pasado y el presente —la fragilidad de la memoria histórica, como señaló Hannah Arendt— está también en el corazón de la crisis política contemporánea que afrontan Europa y muchos otros lugares del mundo. La democracia representativa como sistema parece estar agotada, y muchos de sus ciudadanos abandonan viejas lealtades políticas tras ver que sus vidas y sus posibilidades han sido fracturadas por un capitalismo global de libre mercado que produce crisis y recesión. Al parecer, la tumultuosa experiencia europea de los años 1930 y 1940 —la razón tras la unificación política continental post-1945— ha sido olvidada. Así, durante la campaña del referéndum para acabar con la pertenencia de Gran Bretaña a la Unión Europea, imperó la sensación de que el país no compartía el legado de 1945 con el resto de Europa, sensación que alimentó la fracturación social, política y generacional del voto.

Menos introspectiva y cerrada que Gran Bretaña —por razones históricas—, España ha experimentado un cambio político sísmico desde la crisis económica del 2008. Muchísimos ciudadanos españoles han abandonado a los partidos tradicionales

dándole su apoyo a alternativas populistas o radicales, o simplemente nuevas. Una concatenación de fenómenos políticos y económicos llevaron a este estado presente, incluyendo la tardanza del PSOE en atender los conflictos de la memoria de la Guerra Civil —en 2004-2008— tras haber estado en el poder entre 1982 y 1996 sin preocuparse por las víctimas y atendiendo solo sus deseos de modernizar al país a toda costa. Lo que queda claro, como indica el autor del libro cerca del final, es que la popularidad de Podemos y otros grupos políticos y activistas descansa sobre ciertos elementos fundamentales de descontento e indignación —especialmente entre las generaciones más jóvenes—, que han sido prominentes en muchas asociaciones ciudadanas para la recuperación de la memoria histórica, y que tienen que ver con derechos sociales y humanos en general, y con el desenterramiento de las fosas comunes de la Guerra Civil en particular. Se quiere transformar la cultura política imperante, marginadora de los excluidos, de los que carecen de poder económico y social, y democratizar la historia de forma benjaminiana, rechazando la noción de que se puede olvidar el pasado simplemente «pasando página».

Analizar la intersección de la historia y la memoria —su interconexión— requiere el dominio e interrelación de una variedad de disciplinas académicas. Con su característica generosidad y sentido de aventura, Fernández de Mata nos presenta un conjunto de reflexiones producto de su conocimiento de la antropología cultural —particularmente, pero no solo, en torno a la muerte y el duelo—, a través de una lectura crítica de la historia social y política del periodo. Tampoco desdeña las aportaciones de la psicología social: uno de los elementos que aparece con más fuerza en su trabajo es el reconocimiento de que los asuntos relacionados con la violencia, la memoria y la restitución son invariablemente cuestiones emocionales. Estas emociones —vivas individual y colectivamente— en muchos casos se han somatizado o se expresan a través de procesos performativos, también explorados por el autor.

Por todas estas razones, este texto acerca de la violencia ejercida fuera de los campos de batalla de la Guerra Civil y de la sombra que ha proyectado sobre la sociedad española hasta el presente, está inmerso en la «historia desde abajo» y los estudios subalternos. Cuenta la dolorosa y ardua búsqueda que aún llevan a cabo miles de familias españolas de aquellos que fueron arrastrados por la vorágine social y política que vivió Europa en los años 30 y 40. El libro no solo pone muy en claro lo que sucedió —en términos de sucesos, ciertamente, pero también en términos del dolor humano— sino que permite que los supervivientes transmitan el sentido de sacrificio, pérdida y tragedia que embargó sus vidas. Los efectos traumáticos figuran prominentemente en la narrativa y, aunque el autor distingue entre el trauma individual y el colectivo, también subraya en todo momento el carácter de intimidad de la violencia en la retaguardia franquista, analizando sin tapujos las variadas formas en que fue posible ejercer e imponer esa violencia.

La gran mayoría de los fusilados en la retaguardia franquista no había sido capturados en el frente de batalla, sino que fueron aprehendidos en sus entornos, muchas

veces en sus hogares, tras las denuncias de miembros de la comunidad a las autoridades de facto. Como dice Fernández de Mata, la intimidad de este incidente se sintió como una «ruptura del mundo» de los supervivientes. En otro contexto y hace muchos años, Alan Mintz, experto en literatura hebrea, habló de algo similar, argumentando que la naturaleza catastrófica de un evento para un grupo o un individuo es inherente a su «poder de destruir los paradigmas de significado existentes»¹. Además, el trauma es más severo si se origina en un incidente de designio humano². La violencia generada dentro de una comunidad —violencia comunal— separa a los individuos y a los grupos de las anclas culturales que los ataban emocional y psicológicamente al mundo exterior. Los testimonios recogidos por nuestro autor dan muestra de esto. Con frecuencia, han sido contruidos como narrativas incompletas, en parte por la falibilidad de una memoria tensa y por los límites del lenguaje para describir sucesos terribles. Pero también por lo repentino e incomprensible del suceso, que tuvo lugar en el espacio normalmente protegido de la sociabilidad diaria. Todo lo que era estable, seguro, reconfortante, el hogar mismo, fue sembrado de inseguridad y duda. Las fuentes simbólicas de identidad fueron destruidas deliberadamente, como muestra el castigo ritual de las mujeres republicanas, a quienes se les llevaba en procesión por las calles del pueblo con las cabezas rapadas infundiendo un sentido de repugnancia en la comunidad y de vergüenza entre los derrotados.

Este renovado foco en el «micromundo» de las pequeñas comunidades donde ocurrió la violencia no lleva al autor a concluir que el terror fue resultado directo del aprovechamiento de unos sobre otros, la manipulación de rivalidades, animosidades o envidias entre vecinos. Sin embargo, reconoce que estos elementos jugaron un papel importante, intensificando el trauma, puesto que la violencia fue vivida como algo que emergió de la propia comunidad —un correctivo para varias asociaciones de memoria histórica que aseveran que una simple orden de exterminación emitida por los generales alzados fue suficiente para que se desatara la tremenda ola de violencia que arrasó con tantas vidas—. El estudio hecho por Fernández de Mata de la naturaleza sistemática y concienzuda de la violencia de la Guerra Civil en Aranda del Duero muestra que había una intencionalidad —ideología y planificación— previa a la ejecución de la violencia, la cual sin embargo fue alimentada por el oportunismo de ciertos vecinos, quienes felizmente denunciaron a las autoridades a aquellos conocidos que tuviesen relación con partidos o sindicatos considerados «enemigos»³.

¹ Alan MINTZ, *Hurban: Responses to Catastrophe in Hebrew Literature*, (New York, 1984), p. x.

² AMERICAN PSYCHOLOGICAL ASSOCIATION, *Diagnostic and Statistical Manual of Mental Disorders*, 3 ed., (Washington, 1980), p. 236.

³ Para un interesante análisis de la vital relación entre las políticas del Estado, el ejército, y la comunidad en las guerras civiles, véase Andrew C. JANOS, 'Authority and Violence: The Political Framework of Internal War', en Harry Eckstein (ed.), *Internal War* (New York, 1964); y Stathis KALYVAS, *The Logic of Violence in Civil Wars* (Cambridge, 2006). El documento que se menciona fue la llamada «Instrucción Número

Los efectos psicológicos del desplazamiento de la identidad causado por la violencia íntima persisten, se repiten y se reproducen mucho tiempo después del fin de los sucesos violentos. La posguerra española se caracterizó por una tensión entre los efectos sociales, colectivos y políticos de la guerra —parte de la temporalidad histórica—, y los efectos individuales, íntimos e incluso inconscientes —parte de la (in) temporalidad subjetiva⁴—. El silenciamiento forzado de la dictadura franquista, con la complicidad de los grupos sociales que lo consintieron, prolongaron el sufrimiento de las víctimas legándolo a generaciones posteriores, en especial a los estigmatizados «hijos de rojos», quienes crecieron y fueron socializados en un clima de discriminación y marginación. Esto lo confirman, nuevamente, los testimonios personales que el autor ha recogido, muchas veces al lado de las fosas recién abiertas, como veremos en los capítulos que siguen.

La pesada carga de una vergüenza impuesta por las instituciones de la dictadura y su propaganda sobre los derrotados, ha alcanzado, incluso, a quienes están hoy comprometidos con rescatar la dignidad y reputación de sus seres queridos asesinados por la violencia rebelde. Así, muchos de estos deudos niegan que su padre, su hermano, o su marido hubiese sido un «rojo»..., incluso frente a la evidencia —asesinato— que transmiten sus restos mortales exhumados. Pero este libro no constituye una simple narrativa de víctimas y victimarios: de hecho, en varias ocasiones señala cómo la exclusión social, a pesar de conllevar gran sufrimiento, fue resistida y desafiada por familias decididas a reconstruir sus vidas y a formar nuevas comunidades. Al agruparlas, estas historias de testigos «ordinarios», narradas para delinear el mundo de los grupos sociales subalternos, revelan los efectos del cambio histórico que Antonio Gramsci llamaba «molecular». Dan claves sobre las formas en que las memorias emergen, se hacen eco y reaccionan ante los mitos colectivos y las grandes narrativas.⁵

Una de las partes más fascinantes, mejor argumentadas y más enriquecedoras del libro es el capítulo dedicado a la llamada «guerra de las esquelas» que, en el contexto del 70 aniversario de la sublevación militar de 1936, irrumpió en los periódicos de

1», firmada por el General Emilo Mola en mayo de 1936 y emitido a todos los oficiales rebeldes: 'Se tendrá en cuenta que la acción ha de ser en extremo violenta, para reducir lo antes posible al enemigo, que es fuerte y bien organizado. Desde luego, serán encarcelados todos los directivos de los partidos políticos, sociedades o sindicatos no afectos al Movimiento, aplicándose castigos ejemplares a dichos individuos, para estrangular los movimientos de rebeldía o huelgas'. Se decía que estas organizaciones de izquierda estaban recibiendo 'inspiraciones del extranjero': Felipe BERTRÁN GUELL, *Preparación y desarrollo del Alzamiento Nacional* (Valladolid, 1939), pp. 120, 123.

⁴ Manuel ESPINA, 'La historia y la memoria (de lo individual a lo colectivo y viceversa)', *La memoria de los olvidados* (Valladolid, 2004), p. 105.

⁵ Antonio GRAMSCI, 'Justification of Autobiographies', in Gramsci, *Selections from Cultural Writings* (London, 1985), pp. 132-3. Véase Michael RICHARDS, *Historias para después de una guerra: memoria, política, y cambio social en España desde 1936* (Barcelona, 2014).

tirada nacional en julio de 2006. Es particularmente interesante el análisis que hace el autor tanto de las esquelas de los vencidos —buscando honrar la memoria ignorada y despreciada de las víctimas republicanas—, como de aquellas que constituyeron su contra-ofensiva. Después de todo, la memoria colectiva, en particular aquella construida social y políticamente como un «trauma cultural», es necesariamente *relacional*. Por esto, es problemático analizar la «memoria republicana» aislándola de la «memoria franquista» y su discurso ideológico hegemónico.

Otra de las digresiones más interesante en el libro de Fernández de Mata explora la posible relación entre el devastador y terrible ataque terrorista que sufrió Madrid el 11 de marzo de 2004, y las «guerras de memoria» en torno a las fosas comunes. El autor sugiere que el ataque —tras el cual el PSOE obtuvo una importante victoria electoral— produjo en la sociedad española el concepto de «víctima absoluta» que hasta entonces no existía. Esto lo lleva a comprar a las víctimas del ataque del 11-M con las de ETA y las víctimas de la violencia de la Guerra Civil, las cuales no han sido asumidas como «inocentes» según los discursos contruidos en torno a ellas. Hasta ahora, las muertes vinculadas a la Guerra Civil no han sido percibidas como una pérdida para la totalidad de la sociedad española sino para los grupos o sectores a los cuales pertenecían, caso de la Iglesia Católica, partidos políticos —que se decían eran de inspiración extranjera—, u otras organizaciones. Para que se asuma, sin embargo, que una persona asesinada por motivos políticos no es culpable de su propia muerte y que, de hecho, la sociedad completa es atacada a través de ese acto, se tiene que vivir en una sociedad absolutamente democrática, con plena consciencia y conocimiento de su pasado. La reciente «guerra de las esquelas» —y también las discusiones acerca del futuro del Valle de los Caídos— sugieren que en España falta todavía mucha distancia que recorrer para alcanzar esta posición ideal.

Inspirado parcialmente en los estudios de campo, este libro tiene mucho que decir acerca de la inconclusión ritual de las muertes conmemoradas por estas esquelas, y del aislamiento de los deudos. Representado por sus detractores como un intento interesado de «ideologizar» a los muertos, el drama cultural de las esquelas estaba impelido por el deseo de reevaluar el reconocimiento y respeto de los muertos, reasumiéndolos como miembros de la sociedad. El dolor personal del duelo también se relocizaba, pasando de la esfera íntima a la esfera pública, con lo que se desafiaba así la vergüenza de la derrota permanente. Por otro lado, en el contexto de la guerra de las esquelas fue muy relevante la publicación anual en la prensa conservadora de esquelas conmemorativas dedicadas al General Franco y a José Antonio Primo de Rivera, como lo fue el 25º aniversario de la muerte de Franco en el año 2000 en la celebración de homenajes públicos a las víctimas republicanas de la «cruzada» franquista; y como lo es la publicación de largas listas de «desaparecidos» por la violencia franquista en el creciente número de estudios locales y regionales surgidos a partir de los 1980, como contrapartida de las listas de «mártires de la cruzada» publicadas en los años 1940 y 1950. Pero no por esto, como aclara Fernández de Mata, se debe pensar que las esquelas

publicadas desde 2006 fuesen una provocación y su respuesta, o una llamada a una confrontación ideológica, puesto que han significado la expresión pública de dramas personales y culturales con importantes connotaciones emotivas.

¿Por qué la prensa conservadora —y los deudos de los vencedores muertos en la guerra o por la represión republicana— fueron incapaces de ver estas esquelas como un gesto de conmemoración pública y drama personal? En términos más generales, podemos decir que esa incompreensión sirvió a los intereses de quienes quieren perpetuar la lucha por controlar el pasado en España, reclamando el derecho en exclusiva de representar la Guerra Civil como el origen de un de un trauma cultural colectivo exclusivo. Al describir las diferencias entre las esquelas de la izquierda y aquellas de la derecha, Fernández de Mata hace lo esencial: las sitúa en sus contextos históricos —que son, de hecho, distintos—. El autor concluye que la reproducción de la fraseología franquista, con su tufillo del lenguaje público de los años 40, que inundaba las llamadas contra-esquelas (la retórica del martirio y la demonización de las «hordas rojas»), así como el intento de aplastar la memoria republicana a fuerza de cifras, recurriendo a largas y manidas listas de víctimas, revelan un punto importante: que la conmemoración pública para las víctimas del bando vencedor, articulada públicamente durante el franquismo, se hizo a través de un discurso oficial, dentro del marco que el régimen determinó para ello. Fernández de Mata argumenta que el duelo de esas familias afines era fundamental en y para la «memoria franquista» y la memoria de la Iglesia: los mártires se vieron reducidos a «material potencial»⁶. Esta apropiación y manipulación de parte del Estado significó que el sentido de pérdida personal, individual, emotivo, en el bando rebelde, fue circunscrito y asfixiado por la dictadura. Tan ideologizada forma de recordar explica, en parte, el resentimiento sentido ante las esquelas republicanas, y en general ante el movimiento por la recuperación de la memoria histórica.

Este acercamiento inquisitivo y penetrante de *Lloros vueltos puños* propone, lejos de la mera repetición de argumentos e ideas cansadas, una salida del laberinto de la memoria histórica de España, haciendo de este libro una obra fascinante que hay que leer con un espíritu tan positivo y tan abierto como con el que fue escrito.

MICHAEL RICHARDS
Bristol, agosto 2016

⁶ P. ej., FRANCISCO GARCÍA ALONSO, *Oración fúnebre predicada en la Santa Iglesia Catedral de Málaga* (Cádiz, 1942).

PROEMIO

Antes de ser tema... De dónde parto (Conflictos personales¹)

La Guerra Civil, en mi caso, era un asunto que se plasmaba en imágenes distantes e historias sugestivas. En un sentido local, tenían un origen externo: en su mayor parte procedían de álbumes de fotografías o periódicos locales que mostraban no la Guerra sino una ciudad enfebrecida, un Burgos casi alegre. A ellas les acompañaban breves comentarios de mi padre sobre la visita del mariscal Petain, la guardia mora escoltando el coche oficial, Franco dirigiendo las operaciones desde el Palacio de la Isla, la Legión Cóndor alojada en el hotel María Luisa, masivos *Te Deum* en la catedral.... Imágenes plasmadas en papel que igualmente habían configurado también la memoria de mi padre,

¹ Señala Manuela Cantón, después de releer a Nadel que, no podemos escapar al peso e influencia de nuestra subjetividad de cara a las investigaciones, «pero podemos, y tal vez debemos, considerar como parte irrenunciable de nuestro trabajo conocer los sesgos que introduce esa subjetividad, para poder de este modo esquivar o negociar algunos de ellos». CANTÓN DELGADO, M. «Los confines de la impostura. Reflexiones sobre el trabajo etnográfico entre minorías religiosas». *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, enero-junio, vol. LXIII, n. 1 (2008), pp. 147-172. Aquí, p. 150.

Igualmente, Francisco Ferrándiz reflexiona cómo, a la hora de elegir y delimitar un objeto de estudio «(c)ada investigador tiene sus propias preocupaciones, sus propias afinidades teóricas y metodológicas, pertenece o se siente cercano a una escuela de pensamiento u otra, o tiene en su biografía alguna característica que le predispone a un tipo de investigación determinada. El contexto personal, social, académico o incluso político es, por lo tanto, muy importante en la selección del tema». FERRÁNDIZ, F. *Etnografías contemporáneas. Anclajes, métodos y claves para el futuro* (Barcelona: Anthropos, 2011). Aquí, p. 4.

López Coira añade la ecuación específico-personal: «el problema de la obtención del conocimiento antropológico tiene que ver significativamente también con las variantes individuales del investigador». LÓPEZ COIRA, M.M. «La influencia de la ecuación personal en la investigación antropológica o la mirada interior». En Cátedra, M. (ed.), *Los españoles vistos por los antropólogos* (Madrid: Júcar Universidad, 1991), pp. 187-222.

nacido en 1937. De él *aprendí* que en Burgos no había habido Guerra. No fue frente. Los muertos lo habían sido en batallas distantes.

El tiempo de la Guerra fue el de mis abuelos. Del paterno, Teodoro Fernández González, he sabido muy poco. Murió en 1953, cuando mi padre era un adolescente. Solo con el tiempo, a base de noticias deshilachadas de mi progenitor, he podido ir construyendo retazos de su historia, siempre demasiado liviana. De su comportamiento en la Guerra sólo sé que hacía guardias alrededor de la plaza de toros de Vadillos y que se afilió a Falange en 1937, según el carné que guardaba mi padre en un cajón. Tardé mucho tiempo en atribuirle significado a esta fecha tardía. Casado y padre de tres criaturas, en la terminología machista y guerrera de aquellos años mi abuelo fue «un ama seca»². Durante la mayor parte de mi vida, la figura de este abuelo, neblinosa y desdibujada, no me parecía tan atractiva: un pequeño comerciante amante del orden y la calle como espacio masculino, dicharachero, popular, que llegó a ser concejal del ayuntamiento de Burgos por el tercio familiar y fue campeón de billar chapó en el casino. Con el tiempo, sin embargo, supe que era hijo y hermano de ferroviarios, con familia repartida por el norte y, que su padre, mi bisabuelo, era un *rojillo*. Esto, creo yo, explicaba aún mejor por qué mi abuelo Teodoro se afilió tardíamente a FE y, también, tanta ausencia de explicaciones una vez reconfigurado su propio pasado...

De mi abuela paterna, Juana Bartolomé Gómez, la Yaya, lo ignoro todo. Era una mujer de cariños difíciles y tasados a una visita dominical recolectora de la única paga generosa que recibí con alguna periodicidad. En estos encuentros no faltaba «el aperitivo», inolvidable por las quisquillas que poco a poco aprendí a estimar. Nunca he sabido nada de su vida personal pues sus otras dos hijas, mis tías, y consiguientes primos, han vivido siempre fuera de Burgos. Murió en 1981.

Mis abuelos maternos configuraban mi completo imaginario histórico. Mi abuela Lola —Dolores, 1919-2012— era madrileña, de una familia burguesa llena de ínfulas y afanes aristocratizantes: los Bohigas (Arroyo, de segundo), emparentados con el conde Romanones a través de los Alonso-Martínez, lo que les vinculaba con Burgos. En Madrid, mi abuela había estudiado Comercio y jugaba al tenis. Sus historias de la Guerra eran, de entre los mayores, las más detalladas y jugosas. El 18 de julio le sorprendió con sus hermanos veraneando en La Coruña. «Los niños»—un total de ocho hermanos— se habían adelantado en tren con la tata, a la espera de que se incorporaran unos días más tarde sus padres. A mi bisabuelo, Domingo Antonio Bohigas Díaz, ingeniero industrial, le asesinaron en la calle muy poco después. Según decía mi abuela con una ira seca, habían sido los comunistas. Los mayores de mis tíos abuelos combatieron junto a los sublevados y el resto, con mi bisabuela al frente, se refugiaron en Burgos, donde tenían parientes. Durante la Guerra, Lola fue enfermera voluntaria en el hospital militar. Tiempo

² «Porque no daba el pecho...» en el frente de guerra.

después conoció a mi abuelo y se casaron. Estaba yo terminando el bachillerato cuando la abuela me contó que poco antes de que estallara la Guerra le mataron a su novio, en Madrid, unos jóvenes que ella identificaba como «de la FUE». Pero de esto sólo me habló siendo viuda, y recuerdo cómo me impresionó la intensidad con la que habló de aquel amor perdido. Mi tía abuela Rosa quedó al frente de su familia en Burgos —mi bisabuela y las hermanas más pequeñas—. Recibió, como hija de un Caído por Dios y por España asesinado por la horda roja³, un estanco después de la guerra. Mi abuela consiguió una plaza de funcionaria en el Servicio Nacional del Trigo y, por lo que sé, el resto de mis tíos abuelos también se vieron beneficiados con importantes puestos en la administración.

El abuelo Pepe —José Mata Villanueva— era el misterio de la Guerra. Reservado, serio y deportista, nunca decía una palabra al respecto. Le tocó sacar adelante a sus hermanos, poniéndose al frente de la óptica y relojería familiar tras la muerte de su padre en 1935. Había nacido el año del Titanic —así lo decía él—, 1912. Entre él y, fundamentalmente, mi tío abuelo Manolo fundaron Radio Castilla, sita en la parte alta de los locales de la óptica. La emisora fue inmediatamente incautada para servicio de los *alzados*. Desde sus micrófonos se dirigía el general Mola a la población y desde ella se leyó para toda España el parte del fin de la guerra, aquel «Cautivo y desarmado...».

De mi abuelo contaba mi padre, su yerno, que durante la Guerra había sido espía. Qué podía significar aquello, nunca lo supe. Inevitablemente, a mis ojos de niño eso le confería un aura heroica. En realidad todo se reducía a tres datos imprecisos: viajes que hizo a París y Lisboa —con la excusa, se decía, de ir a por piezas para la emisora—; supuestos sabotaje de trenes —esto según mi tío Pepe, único hijo varón de mi abuelo—; y, a preguntas mías, en una ocasión me dijo que durante la guerra él se dedicó a llevar mensajes de un sitio a otro...

La Guerra para mí, nacido en 1967, era un asunto lejano, irreal, casi cinematográfico. A pesar del asesinato de mi bisabuelo, aquello parecía tocar a una generación tan lejana que no parecía demasiado terrible ni tangible. Mi padre, no obstante, no dejó de darme la matraca durante mi niñez con que, por lógica de los ciclos, a mí me tocaría vivir una guerra. Pero aquello era todo: Fotos de Fede⁴, imágenes del Nodo y batallitas de abuelos ajenos —el mío no soltaba prenda—. En sí, la Guerra jamás constituyó un tema en mi familia. Cualquier comentario inocente o no por mi parte —fui el nieto mayor— clara o veladamente proizquierdista como corresponde a un adolescente a la contra, implicaba la reacción inmediata de mi abuela poniendo encima de la mesa la

³ ABC. Hemeroteca: <http://hemeroteca.abc.es/nav/Navigate.exe/hemeroteca/madrid/abc/1940/03/31/021.html>

⁴ Fotógrafo local, en realidad, saga familiar, a quien se deben las imágenes durante la guerra antes mentadas sobre la visita de Petain o distintos desfiles por la ciudad de Burgos. VELEZ, Federico. *Memoria gráfica de Burgos* (Burgos: VB Imagen y Comunicación, 1994).

muerte de su padre. De mi propio progenitor, un bocinazo en la mejor tradición latina. Pero nunca se nos dieron explicaciones, nunca se nos contó nada. Simplemente no se hablaba de ello.

Muchos años después descubrí que también había otros casos dramáticos en la familia de mi abuela. Una prima suya con quien tuve bastante trato en mi época de estudiante en Madrid, la prima Rosita —Topete Bohigas—, perdió dos hermanos asesinados en Paracuellos del Jarama. No hace mucho traté de seguirles la pista y encontré referencias a ambos en periódicos de la época: Fernando, vinculado a Acción Católica y el carlismo; y Antonio, de Falange Española, detenido en el domicilio de José Antonio Primo de Rivera, junto a otros cinco, el 1 de mayo de 1936, incautándoseles tres pistolas⁵...

La Guerra también era un capítulo en blanco en mi formación estudiantil. Fue un tema inalcanzable en todos los temarios que sólo pudo ser enjugado mediante alguna lectura, documentales y mucho *lugar común*. Desde luego, la presencia de la Guerra en una ciudad como Burgos era de una constancia abusiva hasta naturalizarse de forma que se convertía en algo casi imperceptible. Así, el lateral de la portada del Sarmental, en la catedral, con aquellos ¡Presentes! a José Antonio y a los Caídos; los recordatorios de placas en Capitanía rememorando el nombramiento de Franco como Jefe de Estado y Generalísimo de los Ejércitos⁶; en el Arco Santamaría evocando la Guerra de la Independencia en 1937; en las Huelgas... el orgullo de sus gentes «de bien» de haber sido Capital de la Cruzada, el peso del *Ejército salvador* —ciudad-cuartel— y de la Iglesia en la ciudad..., en fin, *todo* indicaba qué opinión continuaba dominando.

Las lecturas que iba alcanzando y mi propio crecimiento —inevitadamente en contraposición a las poco elaboradas ideas de mi padre—, me llevaban a una clara proclividad a favor de la República, con el tiempo menos sujeta a idealizaciones. En cualquier caso, un asunto libresco.

Muchos años después, la Guerra empezó paulatinamente a identificárseme como tema a partir de mis primeros trabajos sobre identidad, vinculados al surgimiento de la

⁵ ABC. Hemeroteca: <http://hemeroteca.abc.es/nav/Navigate.exe/hemeroteca/madrid/abc/1936/05/02/039.html>.

⁶ 1: «En este palacio, el 1.º de octubre de 1936 recibió el Excmo. Sr. D. Francisco Franco Bahamonde, nombrado Jefe de Estado y Generalísimo de los ejércitos nacionales, los poderes y suprema autoridad de la nación que le entregó ante el pueblo de Burgos y delegaciones de la España liberada el Excmo. Sr. General D. Miguel Cabanellas, Presidente de la Junta de Defensa Nacional, representante del patriótico Alzamiento de 18 de julio de aquel año».

2: «En este palacio cuna del Glorioso Alzamiento Nacional residió durante los heroicos días de su comienzo el ilustre general y bienhechor de la patria Excmo. Sr. D. Emilio Mola Vidal. Desde aquí dirigió las primeras operaciones que culminaron en la brillante campaña de Vizcaya durante la cual encontró honrosamente muerte por Dios y por España el día 3 de junio de 1937 al lograrse su magno empeño de liberación de todo el norte hispano. El pueblo de Burgos rinde a este heroico y ejemplar soldado de España su más ferviente homenaje. 21 de octubre de 1937. II Año Triunfal».

Las placas fueron retiradas, en aplicación de la Ley de Memoria Histórica, en enero de 2010.

antropología en Castilla en el primer tercio del siglo xx. El zarpazo arrasador de julio de 1936 hizo desaparecer la muy incipiente antropología, y en general, al conocimiento libre, marcando un macabro hiato a partir del cual todo era otra cosa. El estudio de aquellas imágenes usadas para construir la realidad de Castilla y España me dieron paso al trabajo sobre sus autores y críticos, especialmente, Eduardo de Ontañón, cuya figura se iba agigantando a medida que conocía sus esfuerzos y pasiones vinculadas a la poesía, el periodismo, la etnografía, la renovación y agitación cultural de Burgos. A partir de Ontañón, pude reconstruir un pasado lleno de rostros y empeños, grupos y sujetos que a través del arte y del compromiso social, promovían una ciudad muy distinta a la que yo había conocido. Ítem más, aquel Burgos al que dieron vida a través de las suyas, se nos había dicho que jamás había existido: jamás la discordancia, la alternativa cultural, el pujar social; jamás nada que no fuera el pausado continuar de la mirada conservadora.

Descubrir esto supuso descubrir el silenciamiento de todo ello. Nombres convertidos en malditos, espacios borrados, libros apartados, personas arrancadas del registro civil, encarcelados, asesinados...

En plena conciencia del panorama desolador que fue la guerra, la postguerra y el asfixiante franquismo, irrumpió en España, año 2000, desde León y con inusitada rapidez en la provincia de Burgos, la *memoria histórica* a través de las fosas comunes.

La relación con mi padre, Teodoro Fernández Bartolomé (1937-2014)

Inevitablemente un tema de investigación centrado en la represión franquista de la guerra civil iba a notarse en la familia...

Mi padre se caracterizaba por una desaforada pasión por Burgos, convencido de haber nacido en el mejor lugar posible del mundo. Coger la N-1 desde Madrid hacia el norte era un ejercicio de satisfacción: los carteles repetían constantemente el nombre de Burgos, «muestra de su importancia», argüía... —y de que íbamos en buena dirección—.

Su mundo personal giraba en torno a su céntrica tienda, junto a la Plaza Mayor: la Sombrerería Teodoro, negocio heredado de sus padres, que a su vez constituía la base principal de su sociabilidad. De lunes a sábado la vida se comprendía, básicamente, entre las calles Sombrerería, Laín Calvo, San Lorenzo y la Plaza Mayor, un cogollo de garitos y rincones que cabía en un puño. A la hora de las comidas era visto en casa y los domingos desaparecía rumbo a alguna francachela rural en la que no contaba con ninguno de nosotros.

Mi padre había construido una cuadrilla que le suponía el asentamiento definitivo de su vida. Durante muchos años tuvo amigos y grupos de entrada y salida, gente sencilla con la que soltar chanzas sin pretensiones. Hace unos 15 años consiguió reconfigurar su sociabilidad a través de una cuadrilla que suponía para él la culminación de su éxito social en una clara lectura de un Burgos perteneciente al pasado. Aquello eran gentes vinculadas a las familias de siempre, o como se suele decir «de Burgos de toda la vida». Este grupo, puerto definitivo, le permitía reproducir relaciones idealizadas de su padre

y su suegro —un auténtico segundo progenitor—, entre las que sobresalía la relación con Miguel Dancausa, abogado, hijo de Fernando Dancausa, alcalde de Burgos con el que mi abuelo Teodoro fue concejal⁷. El tipismo de mi padre, reconocido por un humor muy particular y tremebundo, le servía para ahuyentar discusiones o conversaciones de cierta profundidad en las que siempre intuía riesgos innecesarios. Ni que decir tiene que las opiniones valiosas siempre procedían de sus amigos y no de casa.

Mi padre no fue amigo de muchas lecturas salvo la diaria dosis del *Diario de Burgos*. Éste y la radio le mantenían informado de la realidad. Las noticias debían encajar y le disgustaba profundamente que contradijeran el pasado que había conocido. Las cosas *eran* como él quería —o necesitaba— que fuesen. Así, le pareció fatal el cambio de nombres de calles realizado por el alcalde Ángel Olivares (PSOE). Puede que le molestase perder de vista al general Mola o al general Yagüe, pero seguramente le molestaba más la alteración de su geografía vital, el renombramiento de los espacios de su vida, la inseguridad e inaprensibilidad de su propio pasado⁸.

Me consta que mi padre estaba orgulloso de mi trabajo en la Universidad. No mostraba demasiado interés por mis tareas cotidianas en cuanto a clases o temas de investigación... Otra cosa eran responsabilidades institucionales —vicedecano, decano...—, eso le parecía importante.

Muy pronto se supo en Burgos que yo estaba vinculado a las exhumaciones de la Guerra Civil, especialmente cuando actué como director de algunas de ellas —desde 2004—. Yo sabía la reticencia que todo esto despertaba en mi padre. Varias veces me soltó algún comentario no muy halagüeño, así que cuando estábamos juntos trataba de no sacar el tema, —no siempre con éxito, jera mi trabajo!—. No fue hasta pasados varios meses que al calor de una conversación —más bien una discusión, algo habitual— me espetó que *la gente*, la carcunda local de señoronas y fachas viejos, pasaba por la tienda a quejarse y preguntarle cómo era posible que SU hijo —sobreentiéndose «uno de los nuestros»— se dedicara a agitar el pasado, los fantasmas de la Guerra Civil... Yo mismo había tenido que soportar algún impropio por la calle, pero no me importaba demasiado y el que se atreviera iba bien servido. Sin embargo, entendí que para mi padre aquello se había convertido en un problema desagradable que afectaba a su crédito social, a su respetabilidad...

Poco tiempo después le escuché dar una explicación de porqué su hijo se dedicaba a hacer aquello: «le había tocado». El rector de la universidad, quien como todo el mundo sabía repartía los temas de trabajo, acertó a pasar por delante de la puerta del

⁷ Elecciones del 27 de noviembre de 1951. Dancausa obtuvo 9.370 votos; mi abuelo 4.885. Les acompañaba en el tercio familiar Manuel López Gómez, con 3.394 votos. En cualquier caso, y para que no quede duda, la amistad y aprecio entre Miguel y mi padre eran genuinos e indubitables.

⁸ «El Ayuntamiento de Burgos cambia el nombre de 17 calles con denominaciones franquistas», 28 de octubre de 1999: <http://lacarregue.es/PDF/1999callesFr.pdf> (consultado el 30/06/2015).

despacho de su hijo, que estaba abierta, y le soltó la carpeta de la memoria histórica. «Te ha tocado», dijo el rector. Una forma como otra cualquiera de negociar las culpas y la incomodidad, o mejor, de eludir las responsabilidades.

Cierto día del verano de 2004, al volver de Aranda de Duero, pasé por la tienda —a mi padre no se le buscaba en casa—. Habíamos estado preparando el terreno para la exhumación de la fosa de La Lobera —en realidad, dos fosas— y me encontré en las inmediaciones un maltratado ramo de flores, seguramente del día de Todos los Santos último. De su interior se cayó una nota manuscrita que me impactó muchísimo. Y fui a contárselo a mi padre. La nota era de una nieta dirigiéndose a su abuelo. Sencilla y emotiva, le transmitía que no le habían olvidado, que seguía muy presente en la familia. Aquella fue la única vez que mi padre bajó la guardia. Se emocionó. Con los ojos aguados, posiblemente entroncando con sus sentimientos y experiencia de orfandad temprana, me dijo, «esto tiene que hacerse».

No tengo claro que no se arrepintiese en algún momento de haber dicho aquello.

* * *

Lloros vueltos puños ha sido un libro largamente gestado, creciendo a medida que surgía y evolucionaba el movimiento memorialista en España. Los capítulos que conforman la obra responden a un proyecto de investigación que, como en el caso de algunas novelas, se volvía exigente o demandante de atenciones fuera de toda previsión inicial. Su desarrollo sufría también los vaivenes de un trabajo de campo multisituado: a los intensos momentos de las exhumaciones —en mi caso, por la alongada provincia burgalesa—, se sumaban las entrevistas en domicilios sitios en lugares distantes, actos públicos —reentierros, reivindicaciones, homenajes, presentaciones de libros—, consultas a archivos, conferencias, simposios, estancias en otras universidades... O imprevistos absolutos, caso de la irrupción de la guerra de las esquelas.

Algunos de los capítulos fueron discutidos en el seno de clases de máster y doctorado, avanzados en congresos o publicados en versiones previas. Fueron creciendo y mejoraron gracias a los comentarios y sugerencias recibidas de colegas que admiro y respeto, de estudiantes talentosos y, sobre todo, de quienes protagonizaban las luchas y esfuerzos del proceso de recuperación de la memoria histórica. Lamentablemente, bastantes de mis primeros informantes han fallecido ya, no pocos sin la satisfacción de haber podido concluir la recuperación y dignificación de sus allegados. Todos ellos compartieron conmigo experiencias dolorosas, muy íntimas, llenas de sufrimiento y pena que me hicieron tomar conciencia de lo injusta que puede llegar a ser la pretendida neutralidad del investigador. Riguroso, científico, sí. Neutral..., no. Todas aquellas entrevistas y visitas dejaron un profundo poso en mí. El conocimiento de sus vidas enriqueció la mía y me hizo ganar en cariños y amistades. Nunca les olvidaré.

El apartado de agradecimientos académicos es largo. Si en un principio fueron cruciales las orientaciones de Julio Aróstegui y de mis compañeros de la Universidad

de Burgos, Federico Sanz Díaz y Antonio Fernández Sancha, tengo inmediatamente que mencionar, por la importancia de los cambios provocados en mi vida y formación a mi admirado William Christian Jr. quien, además de inundarme de sugerencias, facilitó mi trabajo con el profesor Payne en la Universidad de Wisconsin-Madison. Una vez allí la influencia y peso de Steve Stern fueron determinantes para asumir una perspectiva internacional comparada sobre las dictaduras y la memoria traumática. Madison, además del sueño borgiano de su biblioteca, fue un lugar de felices encuentros de colegas que en otros ámbitos han desarrollado importantes investigaciones sobre la memoria, caso de Ponciano del Pino, en Perú. El Programa George L. Mosse y los Friends of University of Wisconsin-Madison Libraries me concedieron sendas ayudas para mis estancias en Madison, lo que he de agradecer especialmente a John Tortorice.

Luis Ervin Prado Arellano me presentó de forma incisiva e inteligente el conflicto colombiano y compartió generosamente conmigo su excelente conocimiento de la bibliografía especializada. Gracias a él, recordaré siempre la hermosa ciudad de Popayán como un lugar de ciencia y saber. Sobre este conflicto y las políticas de justicia transicional, agradezco las orientaciones de Felipe Gómez Isa, de la Universidad de Deusto, así como las de su colega Galo Bilbao.

De entre tantos colegas con quienes he compartido reuniones y congresos, quiero destacar por su generosidad y compromiso con la investigación sobre España y la memoria traumática a Ofelia Ferrán —University of Minnesota—, a Carlos Jerez-Farrán —University of Notre-Dame— y a Francie Cate-Arries —The College of William & Mary—. También a Glenn Bowman, supervisor de mi estancia en Canterbury —University of Kent— con una beca Marie Curie. Michael Richards, de la Universidad de Bristol, con quien fui coincidiendo en congresos y proyectos, ha sido, junto con mis apreciados Julián Casanova, Paloma Aguilar, Javier Rodrigo y Ángela Cenarro, base de renovación y de mejor compenetración con la historia de España. Los trabajos de Richards han sido fuente de sugerencias y de confirmación de muchos de los datos que iban surgiendo en mis fuentes orales. Su generoso prólogo a este libro supone para mí, un motivo de orgullo y de especial agradecimiento.

Francisco Ferrándiz, ha compartido conmigo muchos momentos y esfuerzos sobre la memoria de los vencidos y cuestiones metodológicas; junto a él, tengo que agradecer sus siempre inteligentes observaciones a Tony Robben —Utrecht University—, y a Luis G. Díaz Viana y Pedro Tomé; también a Óscar Fernández Álvarez.

No puedo dejar de mencionar a mis compañeros de tareas en los campos, en las fosas, en los seminarios y laboratorios de la Universidad de Burgos: Juan Montero, arqueólogo riguroso, comprometido y amigo de tantas luchas; Encarna Valdivielso, antropóloga forense, tan profesional y generosa; Ignacio Lacámara, compañero de entrevistas y desvelos, de tantas ilusiones políticas; y los estudiantes de la Universidad de Burgos que generosamente colaboran con todas las tareas de las exhumaciones. También los historiadores Luis Castro e Isaac Rilova por sus importantes contribuciones al estudio de la represión local. Mención especial merecen Francisco Etxeberria, firmemente

comprometido con los Derechos Humanos y las tareas de exhumación. Por supuesto, a Emilio Silva develador de la profunda injusticia de las víctimas del franquismo e infatigable luchador y con él todo el mundo de las asociaciones por la recuperación de la memoria histórica. El admirable trabajo que se ha realizado en tantas partes de España me llevaría a mencionar a muchos voluntarios e investigadores comprometidos haciendo demasiado prolija esta sección de agradecimientos, de por sí ya extensa.

Lo más importante de este libro está en que es raíz y causa de que pueda compartir mi vida con Yesenia Pumarada Cruz. Y es gracias a ella, a Yesenia, que este libro ha podido culminarse. Mi esposa es mi fuerza y sostén, la parte inteligente de mis intuiciones, la científica analítica que me ha ido conduciendo cada vez que me ofusco o no soy capaz de ver más allá. Llegó a mi vida como un huracán y trajo con ella todo lo que faltaba, todo lo necesario. Gracias, mi Amor. A ella y a mis hijos, Alejandro y Aitana, va dedicado este trabajo.

LLOROS VUELTOS PUÑOS es la crónica de un latigazo —reivindicativo, moral, dignificador— que recorre la España del siglo XXI: la irrupción del movimiento por la recuperación de la memoria histórica, de un pasado que se pretendía superado. Miles de víctimas, familias marcadas por los asesinatos y crímenes sucedidos durante la Guerra Civil española, han tratado de encontrar su espacio reivindicativo, reparativo, de justicia, configurando un movimiento social ajeno a los partidos políticos.

Ignacio Fernández de Mata ahonda en el libro las experiencias de las víctimas desde la consideración de los contextos históricos —pasado y presente—, la intimidad y profundidad de sus sufrimientos, los conflictos de su encaje en una democracia amnésica. La suma de puntos de vista —antropología cultural, historia y psicología— aportan una nueva visión a este complejo proceso.

¿Qué hay detrás de las reclamaciones de la memoria histórica? ¿Cómo quedaron marcadas las vidas de quienes vieron asesinar a sus padres durante la Guerra? ¿Por qué es tan crucial la recuperación de los restos de las fosas comunes? ¿Ha habido alguna justicia para las víctimas, algún castigo para los perpetradores? ¿Por qué hubo una guerra de las esquilas y por qué se siguen enfrentando unas víctimas con otras? ¿Podemos dar por «cerrado» un pasado lleno de sufrimiento? ¿De verdad no se pudo hacer más por las víctimas durante la Transición española?

Como señala Michael Richards en el prólogo: «*Lloros vueltos puños* propone, lejos de la mera repetición de argumentos e ideas cansadas, una salida del laberinto de la memoria histórica de España, haciendo de este libro una obra fascinante que hay que leer con un espíritu tan positivo y tan abierto como con el que fue escrito».

